



# J.G. Cobo Borda

CUMPLE 70 AÑOS





# Reconocimiento al poeta y ensayista

LUIS FAYAD

Después de un día de pesadillas burocráticas, Kafka se acostó convertido en poesía. Juan Gustavo Cobo Borda rescata en su último libro de poemas *Doctor Kafka* catorce momentos del escritor de Praga en su ciudad. Kafka cobra vida y se atormenta en su ansiedad, representada en pensar en Milena, y para serenarse acude a los actos prosaicos de la natación y la jardinería, sueña con trabajar en el teatro para ser otro, pirata o árabe en el desierto y no ese empleado de pueblo encargado de llevar los protocolos del infierno mientras le duelen las caries, en escenarios proyectados a partir de una claustrofobia, donde a un lenguaje le sigue un bloque de silencio y lo que no empezó ha terminado, llora y se alegra pero las puertas no le serán abiertas, al vislumbrar el paraíso lo pierde, nada de cuanto recuerda puede ser ya compartido, hacía mucho no vivía esa sensación atolondrada y punzante como ofrenda y también como trampa, pero en la lucha de la luz y la culpa, de la pureza y el pecado, nada pudo separarlo de lo que era su vida, después de mirar por la ventana se vuelve y la encuentra sobre su escritorio.

Otros escritores se fugan de los ensayos y artículos de Cobo Borda y se deslizan en sus versos, sobre todo los poetas. Y con todo el amor que les tiene, los define sin benignidad en el poema “Los poetas mienten”: “No cobran nada por revelar el engaño consentido”, dice sin reproches, por experiencia propia, como dato autobiográfico. El poeta teje la red de mentiras tercas donde busca atrapar a una muchacha. Pero a todos los salva por haber cruzado indemnes un ambiente que quería condenarlos o reírse a costa de ellos. José Asunción Silva, en su ciudad conventual, vive entre gente untuosa y relamida que lo llama José Presunción, el niño bonito, mientras él, sin oírlos, compone su *Nocturno*. Otra vez, como en su

*Kafka*, Cobo Borda sitúa a un poeta, Silva, en su quehacer cotidiano, no en un refugio contra la hostil convivencia, sino en el rincón del que en este mundo no sabe y no se propone fabricar algo distinto. Es apenas su vivienda particular, donde no pregona la poesía como una empresa grandiosa. Ni en sus versos ni en la prosa de sus ensayos le atribuye Cobo Borda a la poesía la tarea de ser la más alta y la indispensable representación del mundo. La exaltación en él tiene otros tonos: “¿Cómo escribir ahora poesía, ... para qué aumentar las dudas, / revivir antiguos conflictos, / imprevistas ternuras?”.

Su poética es su noción personal del origen de la poesía: “Residuo de viejas glorias, ¿a quién acompaña. Qué heridas cura?”. Y con palabras más claras: “Abrir la puerta / ceder el paso / correr la silla / para que fluya / resurrecta / la poesía”. Declara la afinidad con todos los poetas en “escribir es rezar de modo diferente”, que hace de la poesía de todos los tiempos un solo poema: “La última palabra de tu poema / será el primer verso del mío”.

Ese es el tono de Cobo Borda como poeta. No hay exclamaciones que busquen conmover al lector en su compañía, ni euforias artificiales o loas ocasionales. Declarar su amistad con los poetas no es enaltecer el encuentro, es decirles, como a Aurelio Arturo, que su amistad, que con él fue buena, no requiere de anécdotas, que sin tener a mano su poesía, lo ve en sueños. Su deber de poeta es, en sus palabras, comprobar el nacimiento del asombro, ver a kilómetros de distancia a una pequeña mujer enseñándole a su hijo poemas de Rubén Darío, es recordar a Cavafis que en su Alejandría, al ver pasar a unos muchachos, en grupo, alborotando, comprende que ninguna palabra

logrará atrapar sus siluetas. Es hacernos imaginar a Gastón Baquero de acuerdo a como él lo describe en su Cuba, con su isla a cuestras, evaporada cada noche en el sueño, reconstituyéndose en el verde amanecer del poema. Su poética incluye la contemplación de la vida sin desilusiones pero con una realidad ineludible: “Ahora que el tiempo nos ha regalado / la inutilidad de la experiencia”.

En sus libros están los temas del amor, el del comportamiento humano como filosofía y el de la historia del país, o, mejor, de la sociedad que ha hecho esa historia y todavía la vive, que en sus términos no es halagadora.

• Su poética es su noción personal del origen de la poesía: “Residuo de viejas glorias, ¿a quién acompaña. Qué heridas cura?”. Y con palabras más claras: “Abrir la puerta / ceder el paso / correr la silla / para que fluya / resurrecta / la poesía”.

Si se trata del amor, nos habla del que se busca, del que se encuentra y del que llega como un regalo, con sus huellas buenas, la de los dulces recuerdos, y el contrariado, que queda sin pesares en la memoria. Para él ninguno de esos instantes produce piedad, ese sentimiento está afuera desde sus comienzos de poeta. En el tono de Cobo Borda el énfasis no daña el sentido de la palabra ni el sonido de la frase. Del mismo modo que suena su tono en la nostalgia, se oye en la alegría, en el canto a la risa que él define como incongruencia dichosa,



bálsamo que siempre cauteriza, necia, torpe y felizmente irreprimible. Dice que no es que uno escuche boleros cuando está enamorado, es que al oír boleros uno se enamora. Y pide que en el hombre no haya más culpa, perdón ni arrepentimiento, ni más miedo y su horrible chantaje, que lo importante no es pedir sino arrebatarse a la vida.

La mención de espacios geográficos y riquezas vegetales es el comienzo para llegar a otras imágenes y no para quedarse en un canto a su belleza. El bendito bambú y la bendita cascada son una introducción para evocar a la bendita mujer que 15 años después revive un sueño y lo cumple a rajatabla. A la patria no le hace concesiones sentimentales. La serenidad del verso de Cobo Borda no suaviza su visión. Su prudencia está en la relación de sus palabras y no en su pensamiento ni en sus sensaciones de cada época de la historia. Del Descubrimiento y la Conquista, nos dice, los grandes gestos se redujeron a las palabras que los narran, en la Colonia ve a la gente chismosa y solapada repartiéndose en silencio el privilegio del abasto de carne, en la Independencia los reclutas marchan con las manos atadas por temor a que se escapen, en el siglo XIX cesó la agonía e impera el nuevo orden y sobre sus huesos haremos grandes negocios, y en estos tiempos la violencia es el pan nuestro de cada día y nuestro recuerdo obsesivo es aquella danza en torno a la hoguera encendida.

Al lado de sus libros de poesía, en una dedicación igual de laboriosa, Cobo Borda ha publicado los que contienen sus ensayos y artículos sobre literatura. Su visión sobre poetas y narradores de América Latina y de España, sobre la historia de su cultura con referencias a la cultura universal, la historia de la poesía colombiana, la de sus novelistas y cuentistas y libros dedicados a un solo autor, como Álvaro Mutis y García Márquez. Muchos de sus juicios están forjados en su sensibilidad de poeta, como el que le dedica a Meira Delmar: “Cuando recita sus poemas, de memoria, tiene algo

de Sibila griega, iniciada en los Misterios. Conoce los oráculos, ha descendido al Hades y sabe de la noche y de la sombra”. Con un estudio y una investigación de los autores que le permite decir del brasilero Joaquim Maria Machado de Assis, que por sus tiempos, en español, no hay nada que pueda parangonarsele.

Un lugar destacado en sus ensayos lo ocupan la pintura y los pintores, que también con su sensibilidad de poeta los lleva más allá de las fórmulas técnicas y de los conceptos de composición, línea y color. Basta, como muestra, su libro *Mis pintores*. Hay un progreso de ideas propias en la pintura colombiana del siglo XX y una vocación de ensayista libre en Cobo Borda con el conocimiento de su aplicación universal y de su historia. Son 15 artículos que empiezan con Guillermo Wiedemann y llegan a Lorenzo Jaramillo con nombres que ya se incluyen en los valores del arte internacional, Alejandro Obregón, Juan Antonio Roda, Fernando Botero, Luis Caballero. El título del libro no puede ser el de una galería personal en un autor que en muchas ocasiones ha dedicado estudios a estos y otros pintores de otros lados, sino el compendio de unas muestras dispuestas en orden cronológico para dar una idea de un arte en cada década y en su suma. Hay, de acuerdo con el libro, un buen motivo para hablar de trazo y soltura de líneas, de color y de equilibrio.

“Si algún día quisiéramos contarles a nuestros hijos cómo era una Colombia diversa en el cromatismo de sus paisajes y alegre en el quehacer de sus gentes”, escribe Cobo Borda inspirado en Sofía Urrutia, en unas líneas que se extienden a otros pintores de aquí y de otros países latinoamericanos, de los que se encuentran continuas referencias. Aparecen las formas clásicas, óleos primitivistas y nuevas técnicas, los intaglios de Ómar Rayo, el constructivismo, influencias urbanas como en Álvaro Barrios: “Grabados que retoman, en su manejo visual, algo de ese mundo *pop*, de esos



Fotografía de Pablo Salgado. Revista *Bocas*

viejos avisos de negativo”. Motivos de la subcultura urbana resumidos en su mirada a Beatriz González: “Ser fiel a la actualidad, rechazándola de plano”.

El acercamiento a las obras se complementa desde tres miradas: la del ensayista que ve la pintura, la del poeta que es él y la de su amistad con los pintores. De esta unión resulta una nueva construcción verbal para referirse al cuadro, descubrirle otro sentido y darle el retoque personal de la literatura en la mirada de la obra plástica. Cobo Borda guarda la inspiración que aparece en sus versos dedicados a los pintores, los españoles con mucha frecuencia, Zurbarán, Velázquez, Goya, Picasso, otros, Brueghel, Rembrandt, Tiziano y sus amigos.

La mención a España es en ocasiones indispensable. En un artículo es necesario incluir un subtítulo: “Santa Teresa y san Juan de la Cruz recreados en América por David Manzur”. De Roda: “Angelizó, como en el Greco, la fatiga de sus ojos”, y de Obregón: “Homenajes a Zurbarán con estatuas del Caribe”. Los mundos combinados, los que también se dan aquí con

otros elementos: “Le había otorgado una atmósfera muy latinoamericana, donde la música popular del continente —boleros, tangos, rancheras— saturaba un escenario nada *kitsch* sino muy nuestro”, dice de María de la Paz Jaramillo. Es el repaso de cada tema, el conjunto de una cultura, una parte la que pinta Luciano Jaramillo: “Violencia, irracionalidad, romanticismo”. El oficio del pintor de principio a fin en las palabras que cita de Juan Cárdenas: “Todo cuadro es primero una estructura, una construcción abstracta sobre la cual se imprimirán luego los colores del realismo”, para dejar la propuesta en palabras de Gustavo Zalamea: “Convirtiendo el arte en un medio de comunicación... que se dirige a un grupo humano, no algo gratuito”. ■

---

*Luis Fayad* (Colombia)

Bogotá, 1945. Ha publicado las novelas *Los parientes de Ester* (1978), *Compañeros de viaje* (1991), *La caída de los puntos cardinales* (2000), y los libros de cuentos *Los sonidos del fuego* (1968), *Olor de lluvia* (1974), *Una lección de la vida* (1984), *La carta del futuro* (1993), *El regreso de los ecos* (1993) y *Un espejo después* (1995).